

TU NIÑA

TU NIÑA

EMMANUELLE REY



DEL NUEVO EXTREMO

© 2022, Emmanuelle Rey
© 2023, Editorial del Nuevo Extremo S.L.

Rosellón, 186, 5º- 4º, 08008-Barcelona, España
Tel (34) 930 000 865
e-mail: info@dnxlibros.com
www.dnxlibros.es

Diseño e ilustración de cubierta: Emmanuel Polanco
Traducción: Sara Mendoza
Primera edición: Noviembre del 2023

ISBN: 978-84-19467-22-5
Depósito legal: B 13597-2023

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Impreso en España - *Printed in Spain*

*Para Élodie, como recuerdo
de nuestros primeros amores.*

Viernes noche. Avanzo por el oscuro pasillo. Intento no perder de vista a Élise. Se da la vuelta y me grita: «¡Vamos!» O más bien sus labios mudos forman la palabra «vamos» y yo la adivino: es físicamente imposible escucharla, con tanto ruido. Debo de ser como un gatito sorprendido por los faros de un coche porque me tiende la mano por detrás de su espalda para que me agarre a ella, mientras sigue abriéndose paso a través de la sala.

Es la tercera vez que venimos a La Cave. No lo habíamos planeado, pero estábamos sentadas en el pub de al lado y unos empleados se acercaron a distribuir entradas gratis para las chicas. Nosotras incluidas. La primera vez que nos pasó, estábamos súper emocionadas. Teníamos la impresión de haber sido elegidas para ser miembros de una sociedad

secreta, o algo así. Nos plantamos delante del portero, convencidas de que nos iba a decir que fuéramos a jugar a otra parte. Justo delante de nosotras había dos chicas que parecían la réplica exacta la una de la otra: pantalón ajustado, camiseta de tirantes blanca, tatuaje en el omóplato, zapatos con plataformas de diez centímetros y una larga coleta brillante. Barbie de discoteca. A su lado, Élise y yo parecíamos más bien Kelly, la hermanita de Barbie, solo que sin las trencitas: *Kelly's birthday party* en la discoteca. Nos faltaban centímetros, tetas, actitud y seguridad en nosotras mismas. Así que retrocedimos en la fila, hasta ponernos detrás de un grupo de chicos que iban con zapatos deportivos. Entramos sin problemas. El portero apenas nos miró.

Élise y yo nos dimos cuenta muy rápido de que no teníamos «el gen» de la discoteca. No tenemos gustos musicales especialmente modernos, y los alcoholes fuertes están realmente asquerosos, salvo si los mezclas con azúcar, tipo Coca Cola o zumo de naranja, para ahogar el sabor. Además, estaban los chicos. Nos gustaría tener novio, pero ahí dentro solo hay tíos en camisa con ronchas de sudor en los sobacos, que se ponen a bailar detrás de ti mientras intentan tocarte el culo. Todo es un poco deprimente, la verdad. Pero a pesar de todo volvimos a entrar

porque... ¡tenemos dieciséis años! Nuestros respectivos padres nos creen en casa la una de la otra, y aquí estamos. En pleno centro de Marsella. Donde pasan cosas. ¡Libertad!

La segunda vez que vinimos, descubrimos la sala rock. La Cave es un antiguo arsenal. Es un edificio del siglo XVII. Por lo tanto, hay multitud de salas arqueadas, y en cada una hay un ambiente distinto: tecno, R'n'B, rap, rock... En la sala rock no hay ninguna Barbie de Instagram, menos camisas sudadas y más bien buena música. Élise y yo saltamos por todas partes, moviendo el pelo hacia atrás y hacia delante, como cantantes de heavy metal rabiosos.

Es entonces cuando lo veo por primera vez.

Hago una pausa en el bar con Élise. Viene a sentarse a mi lado y, con una media sonrisa, me pregunta si me gustan los palíndromos y si me gustaría «soñar con un verano». Tiene unos preciosos ojos de color muy azul. Me dan igual los palíndromos, pero es la primera vez que un chico intenta ligar conmigo de esa manera. Élise se aleja inmediatamente. Desde lejos, me guiña el ojo y levanta el pulgar: «¡Venga!». Élise también sabe lo que es un palíndromo. Acabamos de terminar el primer año de bachiller literario juntas. Ella es bajita y morena, terriblemente inteligente, y comparte mi desconfianza con respecto a

los chicos. Las dos nos preguntamos cuándo conoceremos por fin a uno que no sea demasiado tonto ni demasiado feo y que no esté dispuesto a votar por la extrema derecha en cuanto cumpla los dieciocho. Así que un tío que ataca con «palíndromo» tiene la aprobación directa de Élise.

En fin, el chico se llama Colin. Un nombre dulce, que me inspira confianza. De entrada, Colin significa «victoria del pueblo» en griego (me explica Google mientras Colin intenta conseguir dos copas o por lo menos un gesto del barman). Por lo tanto, hay pocas probabilidades de que lo hayan llamado así unos padres «fachas» y de que, consecuentemente, se haya convertido en un facha él también (pero todo es posible, no soy tan inocente). Colin también es el nombre del protagonista de *La espuma de los días* de Boris Vian, que estudiamos en clase el año pasado. Después de eso me leí todos los títulos de Boris Vian (soy un poco monomaniaca con los libros). Me cuenta que es pintor y que vive en París. Ha venido a Marsella a visitar a su abuela. Eso me parece totalmente adorable. Tiene treinta y dos años. Es el doble de mi edad, vale, pero tampoco es tan viejo. Le digo que tengo dieciocho. Me paga una copa, luego dos, luego tres. Me parece guapo y misterioso. Tiene buena conversación y se nota que yo le gusto. Sin

embargo, ni siquiera pensaba venir aquí, ni siquiera me he arreglado. He pasado el día en la playa con Élise, hablando y rodando por la arena. Todavía tengo granos de arena pegados a la espalda y al culo, y me concentro para no rascarme por debajo de mi vestido de tirantes, qué vergüenza. Al cabo de un rato, me lleva a la pista de baile. Se mueve balanceando la cabeza de derecha a izquierda, es extremadamente raro e incluso ridículo, pero a mí me parece que está buenísimo. Tal vez por culpa del alcohol. O porque tengo tendencia a apreciar los pequeños defectos de la gente. Todo el mundo intenta ser tan perfecto todo el tiempo. Yo escupo sobre los filtros de Instagram y los tíos que se pasan las tardes en el gimnasio. Un chico guapo que baila como un bebé gigante y a quien todo le da igual, me encanta.

Terminamos sobre el sofá que hay al fondo de la sala, y compartimos nuestro primer beso. Al poco, siento que sus manos se aventuran hacia mi culo, mis pechos. Estoy emocionada e incómoda a la vez. Le sigo el juego, un poco, después lo rechazo delicadamente y él no insiste. O solo un poco. Cuando me levanto para volver con Élise, porque falta poco para que cierre el metro, me pregunta:

—¿Podemos volver a vernos?

—¿Cuándo?

Se queda pensando.

—¿El lunes? ¿Hacia el mediodía?

Estoy de vacaciones. Tengo todo el tiempo del mundo. Respondo:

—Dame tu número. Te llamo.

Pero él niega con la cabeza.

—Nada de teléfonos. No tenemos más que encontrarnos aquí, delante de La Cave, a las once.

—¿Por qué nada de teléfonos?

—Porque es más divertido así. Tú te preguntarás si voy a venir, y yo me preguntaré si tú vas a venir.

Siento un pequeño pinchazo en el pecho. Como una advertencia. ¿Es un romántico o un *fuckboy* que se divierte conmigo? Hace unas horas ni siquiera lo conocía. En la calle, me siento un poco mareada, es el alcohol o puede que otra cosa. El amor llega cuando menos te lo esperas, comenta Élise con tono erudito. Es entonces cuando todo comienza. O puede que no exactamente. Pero muy pronto.

Me encanta el momento en el que empujo la puerta de la piscina, cuando el olor a pies y a cloro me asalta la nariz. Voy a clases de natación desde que tenía ocho años y compito desde los doce. En mi equipo están Élise, Lizia y Zilia, las gemelas, Charlène, que nunca habla con nadie, Houria, que es muy graciosa, Sarah que siempre se mete en líos, Pétronille, una imbécil total, y yo. Nuestro entrenador se llama Jean-Pierre. Lleva ropa deportiva de colores improbables y tiene un bigote enorme. Todas sabemos que le han encasquetado al equipo junior «2» (el nuestro, el que no tiene ninguna posibilidad de entrar en una competición internacional algún día, ni siquiera los campeonatos de Francia) porque se ha hecho demasiado viejo para entrenar a las estrellas del mañana. Lo sabemos, él sabe que lo sabemos, y

nosotras sabemos que él sabe que lo sabemos... En fin. A todo el mundo le da igual porque Jean-Pierre es un poco como nuestro abuelo, un abuelo que nos grita porque comemos Kit Kat y patatas fritas en los vestidores pero que aun así nos quiere.

La piscina es como estar en familia. Prácticamente hemos crecido juntas. Llevamos con orgullo la chaqueta con las siglas de la ADMN (Asociación Deportiva Marsella Natación). Y en el agua, equipo 2 o no, lo damos todo.

En los vestidores, Élise y las demás ya están ahí, y cuando llego todas me miran.

—¿Y bieeen? ¡Cuenta, cuenta!

Me pongo a contar y ellas intercalan los «¡nooo!» y los «¡júralo!» hasta que Jean-Pierre se pone a gritar mientras llama a la puerta con el puño, y todas corremos a nuestras bolsas de deporte para ponernos el gorro y las gafas cuanto antes.

Salto a la piscina. Adoro estar en el agua. Es la sensación que más me gusta del mundo. Todo es tranquilo, todo es azul, todo fluye. Muevo los brazos y mis piernas los siguen solas. De reojo, vigilo el avance de Charlène a mi derecha y de Houria a mi izquierda, aunque Jean-Pierre dice que así es como una se desconcentra y pierde tiempo. Acelero. Mis dedos rozan la superficie del agua. He contado las

marcas, doy la voltereta justo antes de que mis dedos toquen el borde de la piscina y sigo en el otro sentido.

Si llego antes que Charlène y Houria, Colin estará ahí el lunes.

Este pensamiento, que me atraviesa de repente, me da alas. Acelero aún más. Al terminar el último largo, saco la cabeza del agua y me doy la vuelta, con los pulmones a dos dedos de explotar. Houria toca el borde solo dos segundos después que yo. Charlène, al menos cuatro.

—¡Hoy te has comido un león! —comenta Jean-Pierre.

Me río. Estoy contenta.

Mi madre siempre viene a buscarme después del entrenamiento. Me lanza un plátano y una barra de proteínas.

—¿Todo bien?

—¡Súper! He quedado primera en los 100 metros.

—¡Guau, bravo!

En realidad, mi madre nunca ha entendido nada de natación. El único estilo de nado que conoce es el perrito, y ni siquiera es un estilo de verdad. Pero hace el esfuerzo de fingir que se entera de algo. Parece realmente contenta.

—¿Arthur ya está en casa?

—Ha llegado hace un rato. Acuérdate, esta noche él elige la película. Y no quiero peleas.

Arthur es mi hermano mayor. El genio de la familia. Tiene veintidós años y está en una escuela de ingenieros, en Bretaña. Vuelve a casa una vez al mes para contar sus aventuras a mis padres, cegados por tanta inteligencia, y para imponer una película tonta durante nuestra noche de pizza y peli del sábado. Suspiro. Pero hoy nada acabará con mi buen humor, ni Arthur ni Jason Statham. Cuando mi madre abre la puerta de nuestra casa, mi hermano y su metro noventa y uno de altura están estirados sobre todo el sofá.

—¡Hola, Judo!

Le dedico mi dedo de en medio y mi mejor sonrisa mientras mi madre cuelga su abrigo.

—Hola, ¿cuándo te vas?

—¡Judith! —exclama mi madre.

—¡Pero mamá! ¡Ha empezado él!

—¡Pero mamáaaa! ¡Ha empezadoo él! —repite Arthur poniendo una voz de niña pequeña que no se parece en nada a la mía, estoy segura.

¡Qué pesado! Dejo mis cosas de piscina en la lavadora mientras rumio en mi mente. Me gustaría llevarme mejor con mi hermano, pero insiste en

tratarme como si tuviera cinco años. La buena noticia es que parece que esta vez no ha traído a una de sus novias. Le mando un mensaje a Élise: «¿Crees que podemos hacer un intercambio? ¿Mi hermano por tu hermana?» Élise tiene una hermana pequeña de doce años que siempre quiere hacerlo todo como ella y que le pide consejo como si fuera la gran gurú de la adolescencia, o algo así.

—¡Ja, ja, ni en sueños! —responde Élise—. ¡Ánimo! ¡Piensa en el lunes!

Tú te preguntarás si voy a venir, y yo me preguntaré si tú vas a venir.

Bueno. Ya pensaré en eso mañana. Me paso toda la tarde leyendo. He empezado la saga de los Rougon-Macquart y me he fijado el objetivo de leerla entera antes de que acabe el verano, lo cual es imposible, según Élise. Voy por el quinto libro, *La culpa del abate Mouret*. Todavía me quedan quince después de este. Emerjo de entre las páginas del libro a las ocho en punto, al escuchar la moto del repartidor de pizzas delante de casa.

Mi padre ha pensado en mí y ha pedido mi preferida, la pizza de queso de cabra con miel. Una margarita para mi madre («la base», según ella) y una

hawaiana para mi padre. Mi hermano va a pillar un trozo de cada una porque le gusta todo, «con la condición de que sea graso». Me como la pizza viendo *Fast and Furious*, sentada entre mi padre, que ya se ha quedado dormido (gracias, papá, es una mierda, eh, estamos de acuerdo), y mi madre, que hace como que se interesa por la historia (salvo que no hay ninguna). Me pregunto si el abate Mouret elegirá a Albine o se quedará en la Iglesia, mientras, en la pantalla, Jason logra que todo explote a su alrededor sin hacerse ni un rasguño.